

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, julio de 1956

Núm. 1049

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

La Cruz y el Walí de Damasco

No sonreían ya las horas alegres de felicidad en la casa de Abdahal, anciano cristiano de Damasco, que, gracias a los trabajos de los hijos de San Francisco de Asís, podía formar parte de la pequeña grey, subsistente en medio del cisma y de los secuaces de Mahoma, señores de la ciudad, como a primera vista dejan comprender las torres de cuatrocientos almineros que protegen otras tantas mezquitas. En su habitación, instalada en el piso inferior, no penetran ya los rayos de luz pura, por cuyo tamiz se colaban perfumadas brisas, que, juguetonas y alborozadas, paseaban sus alas entre las ramas de naranjales inmensos, cubiertos de azahar, y después de robarles sus esencias a las flores de los muchos árboles que verdean la dilatada campiña damascena, rendía tributo a la ciudad matrona encanecida por los años que bien necesita ser oreada por las brisas de los vientos, siquiera sea en forma suave, para purificar y sanear los nítidos miasmas que de todas partes exhala, y recreaban al pobre y desvalido anciano que por muchos años disfrutaba de aire, de luz y de sosiego en el piso superior de la vivienda. Otra segunda Eva introdujo el desorden en aquella casa, morada hasta entonces de padre e hijo, únicos miembros de la familia, que vivían en paz y concordia. El padre habitaba el piso superior y el hijo el inferior.

Un día se enamoró el hijo perdidamente de una joven damascena y trató de unirse con ella en matrimonio. No era desfavorable al padre la propuesta, toda vez que la joven elegida era cristiana y de buena conducta moral, aunque no falta de pretensiones, que la indujeron a imponer una condición al pretendiente, que éste hubo de aceptar de mal grado; pues era condición *sine qua non* para que aceptara ser su esposa. Consistía aquélla en que debían instalarse en la habitación del piso superior, bajando el padre a la inferior.

Al hijo, que no quería disgustar a su padre, desagradó un poco la propuesta; con todo, como quiera que no podía disuadirla en contrario, se atrevió, al fin, a ponerlo en conocimiento del autor de sus días.

Oyó el padre la propuesta del hijo, y le respondió: Tú sabes, hijo mío, que si estoy arriba es porque no saliendo sino ra-

ramente de casa, tengo aquí un poco de solad y distracción, dilatando mi vista en el horizonte que desde aquí se descubre y respirando al menos un poco de aire puro. Comprendía muy bien el hijo la fuerza de estas razones, y no tenía valor bastante para insistir; más como la joven se mostraba inflexible, optó al fin dar un arreglo con que el padre no pudo menos de transigir, por dar gusto a su hijo único. Dijo éste: démosle este placer por los primeros quince días, pasados los cuales nos instalaremos nosotros abajo, y usted, de nuevo, volverá a ocupar su habitación superior.

—¡Ay, hijo mío! estoy seguro que no será tal pero, por complacerte, haré como tu dices.

Zanjada esta dificultad, se celebró con gran alegría el matrimonio. Todo era fiestas y regocijos, los días de bodas pasaron, como pasan todas las cosas del mundo; y a los quince primeros días se siguieron otros quince más, y al mes otro más, y el viejo anciano no veía nunca brillar la hora de luz pura del aire pertumado, de la brisa suave, y del recreo espiritual del horizonte hermoso, que le brindara por tantos años la rasgada ventana de su habitación superior que *pro bonis paci*, había cedido a los esposos noveles.

No obstante la diversidad de religión, el buen anciano sostenía muy buenas relaciones con el Walí o Gobernador de Damasco, con quien no podía tropezar en la calle sin que no lo detuviera en grata conversación; más, desde algún tiempo a atrás, el Walí no veía el buen amigo, y no compartía con él en la calle como hasta poco hacía. Trató de averiguar lo que ocurriera con su amigo del alma, y se le refirió todo lo sucedido. Contristóse vivamente el Gobernador, y asiéndose de la barba, como quien piensa en cosa seria, según es uso entre los orientales, replicó: bien, bien; ya lo arreglaré yo todo.

Inmediatamente dió aviso al joven desposado, por medio de su ayudante, intimándole la orden de que a tal hora se personase en palacio, pues el Walí quería hablarle. Ante semejante invitación, lejos de intimidarse, se alegró el aludido, pensando que se trataba de honrarle con algún buen empleo de distinción. Al efecto se vistió con su mejor traje, y no veía el momento en que llegase pronto la hora

señalada, la cual apenas sonada ya estaba nuestro joven en las puertas de palacio, esperando la orden de entrar a presencia del Walí. En su divan (sala de recibo) hallábase éste mullidamente sentado en el sofá, recamado de oro, que brillaba en medio de floreados dibujos de letras árabes; y en torno suyo gran número de empleados, que, cual satélites, giraban a su alrededor prontos a ejecutar sus órdenes o indicaciones en todo tiempo. Gabriel, que así se llamaba el cristiano, a vista de semejante improvisado tribunal comenzó ya a inmutarse, y comprendió que se trataba de cosa muy distinta de la que él se imaginaba en un principio. Puesto en presencia del Walí, comenzó el breve interrogatorio siguiente, y a continuación suya la sumarísima sentencia:

—¿Cómo te llamas?— dijo el Walí.

—Gíabra (Gabriel— respondió el joven.

—¿Eres cristiano?

—Sí; cristiano soy.

—Los cristianos me parece que se distinguen por cierta señal, ¿no es verdad?

—Sí. por la señal de la Cruz,

—¿Y cómo se hace la señal de la Cruz? Vamos a ver como la haces.

A estas palabras hizo Gabriel sobre su frente y pecho la señal de la Cruz sin pronunciar palabra alguna.

—Bien, dijo el Walí; pero me parece que también añadís a estos signos algunas palabras ¿no es verdad?

—Sí.

Dílas, pues, también.

Gabriel, algo tembloroso: en el nombre del Padre...

—¡Fuertel! ¡¡Más fuertel! que soy algo sordo.

Gabriel en voz más alta: en el nombre del Padre y del Hijo...

¡¡Bastal! ¡¡Bastal!—replicó el Walí con voz más fuerte.—Has comprendido: *en nombre del Padre y del Hijo*. ¡El Padre arriba y el Hijo abajo!

Si en tu casa no se observa este orden antes de veinticuatro horas, te haré cortar la cabeza. ¿Has entendido? Conque, vete a tu casa, y pon en ejecución cuanto has dicho: el padre arriba y el hijo abajo, si no quieres morir.

Confuso Gabriel, apenas pudo hallar la puerta de salida y marchó a casa, instalando su morada en el piso inferior, y colocando al padre arriba, en su antigua habitación, desde la cual volvió de nuevo a respirar las frescas brisas perfumadas del azahar, el aire puro saturado de luz de encantos y de belleza, con que le regala-

ba el verdeante y gracioso horizonte de la dilatada llanura damascena, que desde la ventana de su habitación superior podía a sus anchas disfrutarla mañana y tarde en todos los días.

Fray Antonio Aracil, O. F. M.

CARIDAD

Sobre un bello promontorio en medio de un extenso bosque despoblado y a vista de los contrafuertes del macizo pirinaico, se levanta en la Llanura de Urgel, en la provincia de Lérida, la simpática villa de Bellpuig, nacida por allá el siglo X con la erección de un famoso castillo, bajo cuya tutela fué desplegándose, poco a poco, un poblado que se convirtió en el transcurso de los años en la actual villa, que cuenta hoy día con unos 4.000 habitantes.

Su ermita de San Bartolomé fué construída en el año 1460, y más tarde, en el siglo XVI, surgió a su lado el magnífico convento de frailes franciscanos cuyas obras de misericordia y caridad cristiana les granjearon la estimación, el cariño y el respeto de todos cuantos lo conocieron y oyeron hablar de él.

No había peregrino a sus puertas, que no hallara cobijo y las atenciones cristianas de que estuviera necesitado, ni hubo pobre que no pasara junto a sus muros que recibiera alimento para el cuerpo y paz y amor para su espíritu.

Así transcurría la plácida vida conventual. La práctica de la religión y del amor a Cristo llenaba el recinto y derramaba su luz de fe y caridad por toda la Llanura de Urgel.

Un buen día, un lego de 18 años fué mandado a la comunidad. Era alegre, activo, jovial; estricto cumplidor de sus deberes religiosos y sumamente servicial. Pronto se granjeó el aprecio y el cariño de todos y su tierno corazón de niño encontró en el ambiente conventual la franca válvula de escape de sus sentimientos de generosidad y bondad que bullían plé-
tóricos en su pecho.

Como ninguno, practicaba la caridad con un entusiasmo y un tierno amor que le hacían olvidar hasta aquellos cuidados personales de los que estaba necesitado. Aun a costa de su salud, pasábase días enteros en ayunas, con tal de suministrar más alimento a los pobres que venían al convento en busca del sustento de que estaban necesitados. Y era tal su amor al prójimo y su entusiasmo en la prodigalidad, que no dudaba en vaciar la despensa conventual en aras de su caridad para los indigentes que acudían más y más a las puertas del convento.

El padre guardián hallóse sorprendido varias veces ante la falta de los viveres necesarios para alimentar a la comunidad, y bien pronto descubrió las incursiones del hermano Salvador (que este era el nombre del lego) a la despensa del convento. Decidido a poner remedio a este exceso, se propuso descubrirle en presencia de toda la comunidad, pues no podía por menos de considerar una falta grave, el excesivo entusiasmo caritativo de aquel mu-

chacho, que repercutía sobre la buena administración del convento creándole verdaderos conflictos difíciles de justificar.

Así, pues, un día que estaba al acecho el padre guardián, Salvador salió al patio, como de costumbre, con el delantal de faenas cogido por las puntas y escondiendo en su interior una buena provisión de pan que llevaba, como otras veces, a los hambrientos que aguardaban con ansiedad y cariño su generosa llegada. Atajóle el padre en el camino y llamó a todos los frailes de la comunidad para que en su presencia quedara evidenciado el delito del hermano Salvador y a salvo su responsabilidad.

Cuando todos estuvieron presentes, conminó al lego a que soltara las puntas del delantal que aprisionaban sus dedos trémulos de emoción. Y cuando así lo hizo el muchacho, ante el asombro y admiración de todos, cayeron al suelo una gran cantidad de bellas y fragantes flores.

¡Un milagro se había realizado! La justicia divina patentizó que era virtud lo que los hombres pudieran haber considerado un delito.

Y la magnífica generosidad de aquel muchacho, fué el primer eslabón de su virtuoso camino, que le mereció, con el tiempo, ser venerado como San Salvador de Horta.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Y el Evangelio continúa. Y la doctrina del Evangelio sigue en vigor eternamente para que guardemos sus preceptos. Y las normas que Jesús de Nazaret nos fué dictando, como pilares de toda nuestra vida para cumplir la misión que El nos encomendó en este mundo, siguen también con la misma fuerza de obligar que en aquellos tiempos y en estos otros inmediatos en los que impresionados por la emoción de un momento o cuando nuestra visión fué clara y nuestros propósitos firmes, nos decidimos a sujetar nuestro modo de vivir a los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

Nosotros pasaremos, y llegaremos al final de nuestra jornada. Las palabras de Cristo y su Iglesia serán eternas.

Hay épocas del año en que como el subir y bajar de la marea, nos acercamos más o nos apartamos algo de nuestro modo de vivir.

La Cuaresma, nos ha llenado de emoción religiosa. La Pasión de Cristo, renovada en aquellos días nos hizo meditar y hacer firmes propósitos para el futuro, las palabras incendiadas de los predicadores religiosos llenaban nuestro mustio corazón de consuelos y deseos de bondad. Después han pasado algunos meses y aquellos propósitos, aquéllas palabras, fueron olvidándose y enfriando nuestro ánimo. Más tarde llega el verano con toda su fuerza y su sol deslumbrante, llenándonos la naturaleza de sus emociones tan deseadas después de largos meses de invierno, y es entonces, cuando

precisamos de nuestras reservas y de una revisión a fondo de nuestros propósitos para seguir el camino que nos trazamos en aquellos días de Cuaresma, de arrepentimiento y de perdón.

En esta época, todo contribuye a un enfriamiento de nuestros deberes religiosos. Las diversiones son numerosas y constantes, las excursiones, las fiestas del día y de la noche, las playas, las modas, el calor.

El hombre ha de mostrarse vigilante, atento al peligro, fuerte ante la pasión que acosa, con sentido de su personalidad, de sus creencias, de sus principios.

La mujer la mujer Este es asunto aparte. Cuanto más meditamos este problema de la mujer ante la moda, ante las playas, ante el verano, se nos plantea en primer término un problema psicológico. Nos hacemos una pregunta previa: ¿cómo es posible que la mujer, recatada siempre, cristiana, honesta, al llegar el verano o las modas atrevidas, acepten con audacia tan indecorosa y provocativa manera de vestir? ¿Hay perversa intención? ¿Hay inconsciencia? He ahí la pregunta que nos hacemos ante la sorpresa de las modas femeninas veraniegas aceptadas por la mayoría de las mujeres.

Nosotros, los hombres, consideramos a la mujer de una constitución fisiológica muy diversa a la nuestra. Sus reacciones son distintas, sus pensamientos y visiones de la vida muy diversos a los nuestros, su inteligencia diversa también. Tiene, sobre nosotros, la mujer normal, una superioridad instintiva que nos desconcierta a veces cuando adivina, sin saber. La reconocemos superior en algún aspecto. Sus procedimientos, sus medios, sus maneras son hábiles, y muy eficaces siempre. Ella, no enfocará un asunto de frente si tiene interés en conseguirlo. Pero lo consigue. Sus artes, que no quiero calificarlas de buenas o malas, son eficaces. Pero ante el problema de las modas indecorosas a todas luces, provocativas, francamente inmorales, ¿qué piensa la mujer? ¿Es que su pecado es tan grave como son sus consecuencias? Pobre de ella si es así. Está perdida. Su mal es gravísimo. Las consecuencias de su falta de pudor y de recato son inmensas. ¿Lo sabe ella? No me atrevo a asegurarlo. Solo quiero plantear un problema a la mujer y hacerla meditar de sus actitudes veraniegas y de su acatamiento a las modas.

El mal que hacen es grave. Por lo menos, si lo ignoran, que lo sepan.

¡Qué Dios no nos deje de su mano!

Amor de esposa

Don Julián sentado cómodamente en un confortable sillón de la sala de lectura del casino, decía hablando con don Antonio, que le escucha con atención:

- Mi esposa no ha logrado catequizarme; no, mi buen amigo, y ¡cuidado si lo ha intentado veces! No ha perdido ocasión, pero

—¿Acaso usted, don Julián, niega la existencia de Dios? —dice con doloroso acento el bueno de don Antonio.

—¡Hombre... no! Yo creo que hay un Dios. Sí, ¡Claro está...! Pero a mi que me dejen en paz de misas y rezos. A mi no me importa que ella asista a todas las practicas religiosas. A mi no me importa que confiese, que comulgue diariamente. No me importa, tampoco, que antes de acostarse haga su buena horita de rezos, no; es más: me complace, ¿sabe? ¿Usted no recuerda lo que decía Voltaire, el gran hereje francés...?

—No sé a que se refiere.

—¡Oh, tiene mucha gracia! Vera usted. Voltaire tenía en su casa, como sirviente, una muchacha que era ferviente cristiana y cumplía con todos sus deberes religiosos. El, naturalmente, no lo ignoraba. Cierta vez, unos amigos tan herejes como él, le censuraban, le echaban en cara que tuviese a su servicio una mujer religiosa, y él les contestó: «Mis ideas son mis ideas, amigos míos; pero teniendo a esta chica a mi servicio, tengo la seguridad de que no me roban». Y el gran hereje reía, reía... Pues bien, don Antonio: a mi me sucede algo parecido con mi mujer. Se que ella, perfecta cristiana, no me pondrá en... ridículo como les ocurre a muchos maridos cuyas esposas, si son cristianas, lo son solamente de nombre y no de hechos... Mi mujer es profundamente cristiana y por eso vivo seguro, tranquilo y feliz.

—Pues si usted, don Julian, reconoce esta superioridad de sentimientos en las personas verdaderamente cristianas, ¿por qué no las imita y sigue sus practicas?

—¡Bah... bah...! Dejemos eso. No nos entenderíamos—y cambiando la conversación, dice—: ¿Qué hay de la última reunión de la Unión Petrolera? ¿Sabe usted algo?...

Y la conversación, desde este momento, ha perdido interés para nosotros, queridos lectores.

—Rosa—dice con extrañeza don Julián, viendo que su esposa se dispone a acostarse cuando el aún no ha terminado de leer la prensa de la noche—, ¿te acuestas ya?

—Sí.

—¿Y... tus rezos?

—No tengo ganas de rezar esta noche, estoy cansada...

—¿Tan cansada estás? ¡Nunca los dejaste!

—¡Qué quieres que te diga! Tengo mucho sueño...

A la mañana siguiente, despertó don Julián y se extrañó de tal manera al ver que su mujer seguía durmiendo, miró el reloj: las ocho y diez.

—¡Rosa... Rosa! —llamó.

—Hola, buenos días, Julian —dice aquella despertando.

—¿No te encuentras bien?... ¿No vas a Misa?

—Me encuentro estupendamente bien, querido: pero... hace frío y me dió pereza levantarme.

—¿Pereza...? ¿A qué Misa irás hoy?

—¿Hoy? ¡A ningunal

Toda la semana ocurrió igual. Doña Rosa, la mujer de don Julián, no asistía a Misa. No rezaba por la noche.

Llegó el domingo. don Julián vió con extrañeza que se sentaba en la galería a leer una revista de modas, y que no se vestía para salir. El pobre hombre dudaba, vacilaba... Por fin, acercándose a ella, le preguntó:

—Rosa... ¿No te vistes para ir a Misa?

—No ¿Por qué?

—Me extraña, es domingo...

—¿Vas tú, Julián alguna vez?

—¡Mujer...! Yo, soy yo...

—No creo obrar mal siguiendo tus hábitos y costumbres.

Y, sin decir más, la esposa siguió hojeando las revistas. Sin embargo, de vez en cuando, sus ojos se posaban con inquietud en las manillas de su relojito de pulsera. Don Julián nada dijo. Disgustado se despidió y salió de casa.

La inquietud, el temor, la duda, clavaban sus garras en el cerebro de don Julián. Aquella seguridad que tenía de esposa, de la rectitud de su comportamiento, habíase hundido al verla zozobrar en el mar, según él, de la impiedad. Y don Julián meditaba, meditaba.

Por fin un día se decidió a hablar: —Rosa... Te exijo, ¡te ruego!, como quieras, que me digas qué motivos han influido en ti para alejarte de las prácticas religiosas.

(Y sus manos, inconscientemente, apretaban las muñecas de su mujer.)

—¡Suéltame... Me haces daño...

Creo, esposo mío, que si tu tienes derecho a preguntar, lo tengo yo también, ¿no es cierto? Pues bien: ¿delinques tú? ¿Faltas a tus deberes de esposo, de ciudadano, de cristiano, ya que jamás te acercas a la Iglesia? No te postras nunca ante el confesor. No tomas parte ¡desgraciado! en el sagrado Convite que Jesús te ofrece... En tus pecadoras manos no descansa en hora ninguna un libro de rezos...

¿Delinques tú?

Y don Julián, por la gracia divina, vió claro, en aquel mismo momento, su equivocado proceder. Verdaderamente, su mujer podía pensar de él... ¡todo lo que quisiera! Engaños, infidelidades, maldad, traición, falsía... Todos los pensamientos que, de unas semanas a esta parte, le martirizan a él, viendo a su esposa, al parecer, alejarse más y más de Dios:

* * *

Bella penumbra rodea la capilla. Un silencio que acaricia a las almas la envuelve todo. Una mujer, se arrodilla ante un confesionario.

—Padre—dice—, seguí sus consejos... ¡Dios nos ayudó! Mi esposo desea confesarse con usted. Está aguardando...

—¡Alabado sea por siempre el Señor, hija mía, que nos ha hecho este milagro!

Media hora después, don Julián y doña Rosa rezaban fervorosamente postrados ante el Sagrario donde, en

su refugio, el divino Solitario nos espera siempre. En el cielo, se regocijaban los ángeles.

VERANO

Sol en la tierra y el mar,
y al calor de sus fulgores,
la tierra revienta en flores,
y el mar sigue su cantar,

Celoso el cielo del suelo
por nuestras flores tan bellas,
revienta, y son las estrellas
las margaritas del cielo.

Todo respira dulzura
del sol al tibio calor:
mucho más quema el amor,
consume más la ternura.

Y en este ambiente ideal
de espuma, estrellas y flores,
no aumenta el caudal de amores
el alma, que sigue igual.

Hermenegildo Rodríguez

CONSEJOS

Un mundo mejor

La vida es incómoda y desagradable porque nosotros la hacemos así.

Nos amargamos unos a otros, ofendiéndonos, molestando a cuantos nos rodean y poniendo en nuestras palabras la desconfianza, la suspicacia, el mal entendido, la torcida interpretación y la ofensa inoportuna y sin motivo.

Hagamos todos un esfuerzo de buena voluntad para suavizar las relaciones sociales, cada uno empiece por si mismo en el seno de la familia, después con sus amistades y con todos con quien tengamos relación.

Es posible que nos encontremos con que los demás no correspondan a nuestros buenos deseos, pero, pensemos alguna vez los motivos que originan el mal comportamiento de los demás para con nosotros. Hay, tal vez, muchas causas que dan lugar a ello: la educación en primer lugar, la salud, la vida misma que amarga las existencias ajenas, los desengaños del mundo. Todos pueden ser motivos de que los demás sean fáciles a la contestación brusca e incontrolada que origina el malestar en los otros.

Tengamos un poco de caridad para con los demás. Hagamos un esfuerzo todos. Tratemos de hacer la vida más grata a cuantos nos rodean. Coopere-mos a ese «mundo mejor» que tanto nos aconsejan como forma segura de hacer más feliz la vida entre los hombres.

Si empezamos por el seno de nuestra familia, continuamos con nuestras relaciones sociales, seguimos dentro de cada una de las organizaciones de toda clase en que participamos, llegará a influir en las relaciones entre los pueblos y las naciones. Con buena voluntad se puede hacer mucho. Amistad y caridad cristiana con todos, con los de casa, con los amigos, con nuestros mismos enemigos. Que no sean ni las ideas religiosas, ni las políticas ni sociales, las que establezcan una separación que no pueda ser salvada y nos deje acercarnos a ellos para llegar con el corazón y el amor a establecer nuevas bases entre todos los hombres, que todos somos hijos de Dios, y por todos Cristo derramó su sangre en el Calvario.

J. M.

Comentando

La muerte de vacaciones

A mí siempre me ha parecido difícil el morir. Muchas veces presencié casos desesperados que necesariamente no encontraban mas solución que la muerte. y en casi todos ellos, la Muerte hizo acto de presencia de una manera a modo de cumplido o de etiqueta, y después desapareció sin dejar rastro del paso de su guadaña segadora.

Ultimamente, por ser mas exacto, el pasado día de San Pedro, hubo algo de esto, con la particularidad de que la visita de la Muerte tuvo cumplidos exquisitos conmigo y con mis

acompañantes en una pequeña excursión en automóvil. Primero un ciclista que se desvaneció sobre la carretera, con el ímpetu de la velocidad. La Muerte le saluda. y se sonríe hace mil zalemas y se marcha sin hacer uso de sus atribuciones. A todos los presentes, que eran muchos, les chocó este gesto casi de desprecio de la muerte hacia el ciclista desventurado o venturoso que se despertaba poco a poco de su inconsciencia.

A los cien metros, se conoce que la Muerte iba con calma y no había todavía abandonado aquellos parajes, nuestro auto, se entusiasma, y en un alarde de malabarismos, repica agloria en una vuelta de campana. Yo veía a San Pedro que me decía: No, amigo; en la lista de invitados a mi fiesta, no están vuestros nombres. La Muerte, a nuestro lado, sonreía picaresca. Cogió su guadaña, nos hizo una zalema de minué, y se retiró, sin dejarnos como recuerdo de su breve visita, ni un simple arañazo que pudiera atestiguar la veracidad de nuestro relato ante los interlocutores que nos prestasen oídos. Esto sí me pareció un poco feo, porque lo menos que se puede hacer en estos casos, es dejar una tarjeta de visita.

Hablando, hablando, con la gente primera que tuvimos a mano, nos aseguraron que el día antes, y metros más abajo, se había despeñado otro auto, que más alegre que el nuestro, había dado su repique en tres o cuatro vueltas de campana, con el mismo resultado que el nuestro; es decir, sin lesiones ni nada que atestiguase la presencia de la Muerte en aquellos parajes.

Y esto me hizo pensar. Ya eran seguidos, muchos casos para poner a uno en la convicción de que la Muerte sabría lo que hacía para no cumplir con las obligaciones de su peculiar trabajo. Nada, la Muerte estaba dis-

frutando las reglamentarias vacaciones. De haberlo sabido antes, nosotros, y como nosotros muchos más, nos hubiésemos dedicado a hacer cosas que en otra temporada normal de trabajo parecerían verdaderas locuras. Yo, por ejemplo, me hubiese tirado desde el alto de la torre de la Universidad Laboral, para poder contar luego a mis lectores las impresiones que puede sentir un suicida que saludase a la Muerte en parecidas circunstancias. Otros buscarían la experiencia en otras aventuras, más en consecuencia con su modo de ser. Lo que sí haríamos unos y otros, sería templar nuestra curiosidad por la muerte, viéndola de cerca, abusando de su inacción e impotencia.

Lo malo, sería que después ella nos buscara a nosotros para burlarse de nuestra malsana curiosidad, y nos demostrase que se le habían terminado las vacaciones.

HERO

Materiales de CONSTRUCCION
Planchas ACANALADAS

de CUBRICION
CARBONES

Arbués

Covadonga, 27 Teléfono 1817

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)